



<https://doi.org/10.53077/haal.v3i01.134>

Gabriela Mistral, *Herbario mistraliano: diarios y cuadernos sobre el jardín* (Gladys González, investigación y selección; Camila Palavecino, ilustraciones). Valparaíso: Ediciones Libros del Cardo, 2021, pp. 368. ISBN 978-956- 9510-78-6.

Gabriela Mistral (1889-1957) es una intelectual, poeta y ensayista chilena que con el tiempo crece, da frutos y rebrota como un árbol centenario. Una figura que se aprecia con la distancia, al mismo tiempo que disimula enormes raíces que sostienen su larga vida de pensadora. La primera y única mujer latinoamericana distinguida con el premio Nobel de Literatura (1945), fue también una erudita profunda de la naturaleza, la tierra y el vínculo humano con el medioambiente. En 2007, la apertura y entrega de sus archivos a la Biblioteca Nacional de Chile –que permanecían a cargo de su albacea Doris Dana, hasta su fallecimiento en 2006–, se materializó por medio del depósito de un fondo físico y de copias digitales con miles de documentos. Desde ese momento la publicación de ediciones y compilaciones de sus textos prosperó, reforzando un camino iniciado en Chile, póstumamente, en recopilaciones de su obra poética, ensayística y epistolar. Algunas de estas iniciativas incluyen antologías como las de Roque Esteban Scarpa, Alfonso Calderón, Jaime Quezada, Pedro Pablo Zegers, Luis Vargas Saavedra y, más recientemente, Diego del Pozo y Daniela Schütte, entre otros.

La primera imagen que suele asociarse al legado de Mistral es la de una inagotable cantera de inéditos, versiones y correcciones de su propia mano, así como textos mecanografiados por sus colaboradoras. La metáfora de la cantera, mineral y pétreo, recurrente en su glosario, está marcada por la experiencia imborrable del valle del Elqui, donde nació y pasó su infancia, entre las montañas de la cordillera de los Andes. No obstante, esta figura no hace justicia con la otra imagen, la que emerge de este libro editado y compilado por Gladys González: aquella de un vivero, una huerta fértil, y no una cantera de por sí seca y yerma. Esta vez la alusión dirige la mirada al valle, no a los farellones andinos, sino a la verde franja que ahí vive por la gracia del agua. El generoso archivo de Mistral ofrece siempre más a quien busca entre sus variedades, ofreciendo esquejes para nuevos brotes de su imaginario bibliográfico.

La publicación de *Herbario mistraliano* viene a acompañar otra publicación a cargo de la propia editora en 2020, titulada *Iniciática, astral y precursora*, en la misma editorial, dedicada a la

permanente búsqueda espiritual de la poeta y su atracción por las manifestaciones del misticismo y la religiosidad. Esa antología anterior no solo muestra la fe de Mistral, sino un cosmos espiritual heterogéneo. El caso de *Herbario mistraliano* –en evidente vínculo con la naturaleza– muestra la misma forma variada como si recorriéramos un invernadero, con sus órdenes, sus distintas “camas”. Grandes especies, medianas, pequeñas, sin olvidar nunca hasta los mínimos vestigios de la naturaleza ruderal que se empina a pesar de las fuerzas contrarias. La edición implicó –tal como se lee en la breve presentación– un trabajo de años para recorrer los documentos del Fondo Mistral. Una complejidad que se relaciona no solo con la variedad de los textos que la poeta legó, sino con sus otros itinerarios, como corresponsal, académica, conferencista, diplomática y profesora. Esa multiplicidad es la que sostiene este compendio, el que incorpora una serie de originales fotografías de Gabriela Mistral y –en un certero aporte a la lectura– ilustraciones botánicas en blanco y negro, realizadas especialmente por Camila Paleviccino.

El índice del libro asimismo refleja el camino seguido por la editora, la revisión de la obra de Mistral, prosa y verso, la disposición que recibe en el propio archivo y cómo este se organiza, ofreciendo –en palabras de González– “un nuevo sendero para llegar a ella” (p. 9). Así los acápites son los de los libros publicados por Mistral en vida, como “*Tala-1938*” o “*Lagar-1954*”; de su obra poética póstuma “*Poema de Chile-1967*”, y, por cierto, de indicaciones vectoriales propias del lenguaje de archivo: “Cuaderno 46 – 1944”. En otros momentos será la correlación entre los lugares en que la poeta vivió y sus diarios, como “Un jardín de Petrópolis, 27 de septiembre de 1944”. La estructura del volumen permite así nuevas entradas para acercarse a la inmensidad de Mistral, poniendo en relieve sus distintas voces.

Ser una selección nueva, en su mayoría de inéditos o textos inencontrables por su distancia de publicación, es precisamente la contribución de este libro. El trabajo de investigación y montaje facilita y devela más Mistral, a veces, incluso, otra Mistral. Hallazgos entre un monumental conjunto que requiere no solo de su iluminación, sino además de una mano que guíe la lectura. Este, podría decirse, es su aporte para el lector, pero en términos de la propia obra de Mistral representa una nueva traslación para comprender no solo cómo ella escribe, estudia y crea, sino además cómo viaja a través de sus intereses, su pasión y erudición. Aquí, y en esto el rol de las ilustraciones es central, se suman los apuntes de Mistral para su propio aprendizaje y lo que representa los saberes agrarios para ella misma. Cómo avanza en los conocimientos botánicos, enciclopédicos, que también se convierten, al ritmo de su prosa, en poesía. Apuntes sobre cómo se plantan y podan algunas especies, cómo se eliminan ciertas plagas y las pestes de la huerta o el jardín. Un listado de compras que anticipa la visita a un criadero de plantas. La relación de una determinada especie con su función, no solo agrícola, sino además cultural, proyectada en esa palabra que pareciera aún no tener traducción: *folklore*.

Estas páginas tejen, para no decir siembran, precisamente lo que se designa como la complejidad de Mistral. Más que solo poeta, pedagoga, ensayista y amante de la naturaleza y la geografía, en un deslinde muy propio de los saberes de los patios de su Chile, del campo y su toponimia, aclimatados en su poesía. Paradójicamente, en su esencial nomadismo, entre exiliada

y viajera, estos textos muestran su arraigo –la palabra deriva de raíces– y así es cómo el reino vegetal está adaptado a la memoria natural que puebla su obra y la acompaña en su viaje permanente. Donde ve un sauce, un álamo, una higuera, en cualquier lugar del mundo, esa especie designa un giro metonímico en la travesía del recuerdo, del Elqui al mundo, de ida y vuelta.

Ciertamente este libro cruza vida y obra, aunque se recomiende no suponer qué de una se afirma en la otra y menos explicarlo. En este caso ese es el recorrido, como la hiedra al muro, inseparable. Los ejes se mezclan y cruzan, más que temáticamente, por el tono de los diversos materiales que lo componen, sus escritos, y como decía, las fotografías en las que Mistral aparece, en su presencia inolvidable, y las ilustraciones botánicas, que con su sobria línea avanzan un mapa de la nervadura de lo que fascinó a la poeta. Pero, sobre todas las cosas, este libro viene a sumar, desde la agricultura (nunca mejor usado el término compuesto) un diálogo sabio con el mundo espiritual, político y poético, antes de que se anunciara la crisis ambiental de la civilización. Asimismo, es la demostración de cómo Mistral aprende para saber, humildemente, de ese otro mundo que es la vida al aire libre, entre las plantas, entre la materia y las fuerzas de la vida natural, y de quienes trabajan en ella, sin olvidar el campo, el pago, la plantación. El equilibrio entre la propia experiencia de la materialidad del mundo, natural, física, que es también etérea, simbólica, metafísica, colmada de los hilos invisibles que hacen de la cultura que Mistral celebra, el gran signo de la experiencia de la naturaleza integrada a lo humano, como unidad armónica.

De este modo, en esta colección, no solo aparecen por contraste los graves olvidos de la civilización industrial y de los cuales somos testigos, sino las visiones y vaticinios de Mistral ante los signos de descontrol de la ambición y la arrogancia humana. Es una escritora cuya obra representa un riquísimo acervo para quienes estudian los contextos de debate sobre la distribución de la propiedad de la tierra, las identidades campesinas, el conocimiento del paisaje rural y la reelaboración urgente de paradigmas, a partir de la crisis global que afecta no solo los procesos agrarios, sino también al modelo general de desarrollo. Mistral ya lo señalaba hace un siglo, a través de su concepción de la reciprocidad panteísta en la que creyó firmemente, en cohesión con su fe –ferviente franciscana–, cuando en “Cuaderno 15 – 1918”, en un dístico que hoy se ha vuelto ambivalente, escribe: “Toda la naturaleza es un anhelo de servicio / Sirve la nube, sirve el aire, sirve el surco” (p. 27).

Pablo Chiuminatto

Pontificia Universidad Católica de Chile

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7843-3402>

